DISCURSO

PRONUNCIADO POR

S. M. EL REY DON ALFONSO XIII

EN EL BANQUETE CELEBRADO EN ROMA

EL DIA 12 DE OCTUBRE

CON OCASION DE LOS

REALES DESPOSORIOS Y VELACIONES

DE

S. A. R. EL PRINCIPE DE ASTURIAS

CON

S. A. R. LA PRINCESA DOÑA MARIA DE LAS MERCEDES CRISTINA DE BORBON Y ORLEANS

CONTESTACION AL PRONUNCIADO POR

DON JOSE M.ª PEMAN

DIPUTADO A CORTES

LOS PRECEDE UNA BREVE CRONICA DE

DON EUGENIO MONTES



IMPRENTA ALDECOA, S. A.--BURGOS
1935

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

S. M. EL REY DON ALFONSO XIII

EN EL BANQUETE CELEBRADO EN ROMA

EL DIA 12 DE OCTUBRE

CON OCASION DE LOS

REALES DESPOSORIOS Y VELACIONES

DE

S. A. R. EL PRINCIPE DE ASTURIAS

CON

S. A. R. LA PRINCESA DOÑA MARIA DE LAS MERCEDES CRISTINA DE BORBON Y ORLEANS

CONTESTACION AL PRONUNCIADO POR

DON JOSE M.ª PEMAN

DIPUTADO A CORTES

LOS PRECEDE UNA BREVE CRONICA POR

DON EUGENIO MONTES



IMPRENTA ALDECOA, S. A.—BURGOS

1935

12 de octubre

El ilustre catedrático don Eugenio Montes, que representa en Roma al benemérito diario A B C, le transmitió la noche del día 12, una crónica telefónica que, por circunstancias bien conocidas, no pudo ver la luz en las páginas a que estaba destinada.

Hela aquí:

Bodas reales

12 de octubre

Este es el día de la Hispanidad. Una mañana, así, de prodigios solares, asistió a las nupcias de España con la gloria. A la primera luz adolescente, empapada aún de noche, de estupor y de luna, el grumete andaluz pone el grito en el cielo. Las estrellas se cuentan el milagro al oído. Y sólo aquella lejana, sorda y vieja la pobre, que está allá en una esquina, pregunta, un poco incrédula: «Eh, ¿pero es cierto? ¡Que dicen

que han venido los españoles!» Una racha de Dios infla el pulmón de la vela, y a la señal de la cruz una islita desnuda se arrodilla, temblando, sobre mares intactos. Este es el día de la Hispanidad y es aprendiz de ruiseñor todo pájaro: 12 de octubre. Por obra de Dios y de la Monarquía, España materna le dió un mundo al mundo para que la Historia universal fuese posible. ¿Las joyas de Isabel? Ninguna joya mejor que la ordenada constancia del Estado, perdurable en los trabajos y los días.

Le confesó a la Reina el navegante: «*El esfuerzo de Nuestro Señor y de Su Alteza hizo que yo continuase*». Continuidad: yo no conozco palabra más hermosa. En ella está la dicha de las nupcias, la sucesión del linaje, el granar de las espigas, la nobleza dinástica, la herencia de los siglos, la obra del artesano, y también el buen gobierno de los pueblos, si labor y honor le asisten.

A una fiesta de continuidad vamos ahora. El júbilo nupcial de la liturgia, que pro-

longa más allá de la muerte la existencia, le pide bronces al mediodía, y en la plaza de la Esedra, los tritones cantan un epitalamio en ocho chorros.

El buen pueblo de Roma, que tiene, cual ninguno, el sentido del rito, abre todos sus ojos para ver el cortejo, y el cordón de carabineros engalanados apenas puede contener tal pleamar de multitudes. Salpica el gentío las calzadas cuando pasan los príncipes. Vuela el piropo, y en el aire los dos romances —toscano y castellano—, se trenzan, afines y distintos, como mirto y laurel en los felices arcos.

Cortejo Imperial

La remembranza antigua no le va mal a esta iglesia, que aún siente la romanidad en granito y terma. Se abrió la basílica en una rotonda diocleciana. Después, como en la catedral tarraconense, la bañera pagana se

hizo cristiana pila de bautismo. Bajo la advocación de una virgen, la pusieron: Santa María de los Angeles. Un nombre que alude a azahares y amores puros. Después la renovó:

Michel, piu che mortale, Angel divino.

Creo que ésta ha sido una de las últimas obras del campeador agónico, en su vejez estremecida y loyolesca. Leía entonces el titán moribundo los ejercicios de San Ignacio. Por romana y jesuítica, por clásica y barroca, Santa María de los Angeles es una iglesia española.

Avanza el cortejo. He aquí la esposa del brazo de Don Alfonso. A Zurbarán le hubiese gustado esa elegante armonía de matices: sobre blanco y plata, la flor dominiza de un ramo de naranjos, traído —auras y alas— en avión desde Sevilla. Y el oro viejo del Toisón, la más preciada

condecoración del orbe, el vellocino de la casa de Austria y de los paladines de Occidente. Chambelanes. Filas de pajes y damitas: reloj de música. Luego el esposo, en toda su apostura juvenil, del brazo de la madrina. Rubias infantas castellanas. Linajes pirenaicos y alpinos de los Borbón y los Baviera. Resonancia imperial de estos nombres que pasan ante mis ojos españoles con polvo de tercios y de siglos: Savoya, Caserta, Dos Sicilias. Uniformes. Ecos de caracolas y cruzadas; el gran maestre de la Orden de Malta, que ilustró y sirvió el más bravo capitán de nuestra estirpe: Alonso de Contreras. A él, que por su origen era pueblo y por sus gestas príncipe, ¡cómo le hubiera gustado estar, o volver a estar aquí! Y a su amigo Lope Félix de Vega Carpio, que le pidió a su musa las más felices rosas para hacerlas llover sobre las bodas reales. Y a Don Pedro Calderón de la Barca, arquitecto, cuyos monárquicos

cinceles esperan, temblando, el mármol roto de estas romanas ruinas

que con sangre las esmaltan,
un Rodrigo las deshoja
y otro Alfonso las restaura.

Y a Miguel de Cervantes Saavedra, que puso el oro de su crepúsculo, y el rayo último de la esperanza hispánica, en un libro de albas espumas, flor de océano, para el amor de un príncipe navegante.

Sí, quiero

Seguido de sus diáconos, el arzobispo de Florencia se reviste la capa pluvial, y lentamente despliega la ordenada sintaxis del sacramento. Se oye la sacra fórmula: las palabras de Pablo. El Príncipe se yergue y —gravedad y ternura— se acerca paso a paso a su augusto padre. Hay un cálido,

mudo y expresivo gesto de asentimiento paterno. En la mano derecha del Monarca queda, temblorosa y silenciosa, la gratitud de un beso. Entonces, en el ámbito miguelangesco, con sordo contrapunto de ocho mil corazones, a la pregunta sacerdotal responde una voz viril en castellano: «Sí, quiero». Su Eminencia repite la demanda, y ella repite —*arcades ambo*— el gesto. Y la respuesta en romance conmovido, sol y sombra de olivares béticos.

Todos se santiguan, cabizbajos. El anillo y el velo. Ya el ceño de la soltería se ha borrado en dos frentes. Rubio y sangre, desde un otoño de violines vienen volando —amor y golondrinas— unas notas dormidas en el arpa de España. La melódica glosa de la orquesta acompaña el latín del Sacrificio. Cada vez que comulguéis, dijo el Apóstol, reviviréis la muerte del Señor. Muerte y Resurrección. Ese es el signo católico de la Monarquía, la

señal de la cruz de la Corona. Los reyes pasan, la institución perdura. Si quieres salvar algo, conviértelo en idea.

Ite in pace

La ceremonia agoniza en hermosura. Suena la marcha de Atalía flordelisada como el discurso que compuso Bossuet para el Delfín. *Ite in pace*. Ahora la romería. Parejas con trajes de las comarcas españolas. Pompa de charras; lagarteranas en amarillo y rojo (los colores del pueblo, dice Spengler); dieciochesca galanía del breve sombrero canario; barretinas de Cataluña, verde montera gallega, gaita y lluvia. Diversidad de tierras y de usos, imagen múltiple de una España múltiple, cuya unidad sólo ha podido hacerse, y sólo podrá rehacerse, por todo lo alto. Grandeza y servidumbre de la Monarquía. El Rey señor de todos y servidor de Dios.

Presurosos los príncipes corren a arrodillarse ante la tumba del artesano Pedro. Luego, entre doble fila de chambelanes, suben a ver al Papa, peregrinos. Por esa misma escalera subió un día su padre a ofrecerle su espada en defensa de la fe.

Presentan alabardas de cristal las fuentes del Bernini. Las dos en el cuadrante de la torre. Cogidas de la mano dos doncellas de bronce salen al sol para llamar la dicha...

Discurso de

D. José María Pemán

En la noche del 12 de octubre se celebró un banquete, en honor de S. M. el Rey, de cuya importancia no habrá que decir sino que todos los comedores y salones del Grand Hotel de Roma estaban atestados de comensales.

No bajaba el número de ellos --limitado por la capacidad del local-- de los dos millares. Menos de la cuarta parte de los peregrinos españoles que habían acudido a la boda, de los cuales los que no hallaron acomodo para el banquete procuraron encontrar un sitio a la hora de los discursos.

Llegada la cual se levantó para ofrecer el agasajo --nunca como ahora huelgan los adjetivos-- don José María Pemán.

Señor:

Señores:

Ya comprenderá Vueſtra Majeſtad, y ya comprenderán cuantos me escuchen, que jamás he sentido sobre los hombros un peso mayor que eſte de hoy, al tener que levantarme aquí, en Roma, en la casa solar de España, llevando la voz de todos mis compatriotas aquí venidos, para ofrecer eſte banquete a nuestro Rey ausente, y no me atrevo a decir «desterrado», porque donde quiera que Vuestra Majestad está lleva consigo la tierra de España pegada a aquellas manos con que, durante unos años más felices que los que ahora vivimos, la moldeó y la trabajó con ardien-

tes afanes de enamorado y con sabios primores de alfarero. *(Grandes aplausos)*.

Allí hemos dejado, Señor, al venir para Roma, geográficamente, a España. Allí ha quedado, en mi tierra —decídselo al Príncipe Don Juan—, aquella Escuela Naval, llena para él de recuerdos, blanca, frente a la bahía centelleante de Cádiz; allí han quedado —decídselo a la Princesa Mercedes—, floreciendo monótonamente cada primavera, viudas de sus ojos, las rosas sevillanas de los jardines de San Telmo; allí ha quedado, Señor, en Madrid, aquel gran Palacio que se dora cada atardecer de canciones de pájaros y de niños; allí ha quedado todo eso; pero España no está allí. España no está en aquella tierra sin alegría y sin cruces, sin orden, sin paz y sin prestigio externo, y, por eso, al llegar aquí nosotros, temblorosos nuestros labios con los vivas y las efusiones contenidas durante tantos años; al encontrarnos aquí, en Roma, en el centro

del mundo, con nuestro Rey y nuestro Príncipe, a nosotros nos parece que, al fin, hemos encontrado a España, porque, en definitiva, nosotros somos, Señor, los que venimos del destierro. *(Ovación).*

Y ahora, yo, que por mi carencia de puesto directivo en la política española puedo arrogarme un poco la representación del simple hombre de la calle y de la masa; yo, que no soy un político enjaulado en las estrechas designaciones partidistas, sino que no soy más que un poeta, libre, como un pájaro, por los anchos cielos abiertos de la España pueblo, de la España nación, voy a permitirme, creyendo con ello interpretar el sentir de todos los españoles por quienes en este momento hablo, poner a los pies de Vuestra Majestad, como último regalo de estas fiestas de boda, nuestras promesas y nuestros compromisos.

Al eclipsarse, Señor, la Monarquía en España el 14 de abril de 1931, la última

postura que quedó en muchos espíritus hacia la institución monárquica fué ésta: en el terreno personal, la calumnia; en el terreno doctrinal, la ignorancia. Desde este momento quedaron, pues, señalados a los monárquicos españoles dos objetivos que, como urgencia y deber, se ofrecían a su rectificación. Y no es legítimo, señores, abordar una de esas tareas y prescindir de la otra, olvidando que sólo en su cumplimiento conjunto y total podrá encontrar plena satisfacción el espíritu monárquico, que es, en ponderado equilibrio, convicción en la mente y en el corazón, lealtad. No es legítimo ponerse a elaborar en abstracto una doctrina o una política monárquica sin antes abordar en concreto la reivindicación histórica del último depositario de la Corona, según la verdad requiere y exige la caballerosidad. Y por eso, Señor, nosotros, españoles que queremos servir en toda su integridad al sentimiento monárquico, os ofrecemos, como ya muchos lo venimos

haciendo, ir por las tierras de España diciéndoles, sí, a los españoles que estamos convencidos de nuestra doctrina; pero diciéndoles antes que estamos orgullosos de nuestro Rey. (*Grandes aplausos*).

Y esto no es ni una frase retórica, ni menos una servil adulación. Esto es versión de una realidad viva, de una convicción honda que subsiste en el espíritu del pueblo español.

No crea Vuestra Majestad que el pueblo español, en una tarde de abril, se cambió radicalmente de sentimientos como se cambia de chaqueta. No; el pueblo español, el verdadero pueblo español, sigue siendo aquel mismo de las aclamaciones y los piropos al paso de Vuestra Majestad; aquel que festoneaba las orillas de vuestros desfiles, de manos trémulas y de ojos humedecidos; aquel que, al volver de Roma un día, hizo que avanzara el auto de Vuestra Majestad, palmo a palmo, por aquellas plazas y calles en donde un in-

menso gentío estacionado durante horas y horas, al balancearse al compás de un entusiasmo unánime, era como un inmenso trigal maduro sobre el que cantaban las cigarras de la impaciencia y de la expectación; aquel mismo, en fin, que en el día del entierro de vuestra santa madre rompía las filas de soldados que acordonaban el paso, con aquella apretada muchedumbre, sobre la que, como sobre un mar de cabezas con espuma de temblorosos pañuelos, iba bogando el féretro de la Reina, seguido de una estela de llanto y de veneración. Este es el pueblo español, y si un día pudo parecer distinto fué porque, reconcentrándose en la Corona mil dejadeces y tibiezas de las que todos somos culpables, como se reconcentra en las altas cimas la luz del sol cuando va a ponerse, llegó un día en que —como he dicho más de una vez en España— Vuestra Majestad se fué por la vía de la amargura, llevando, como Cristo, sobre sus

hombros, la cruz de los pecados de todos los demás. *(Grandes aplausos)*.

He aquí, frente a la injusticia personal, la primera reivindicación a que vienen obligados los monárquicos españoles; pero dije que había para éstos un segundo objetivo que cumplir, frente a la ignorancia doctrinal, que había sido otra de las posturas espirituales más extendidas frente a la institución monárquica al desaparecer ésta de España. Sea, pues, esta la segunda parte de nuestro compromiso y de nuestra promesa.

Os ofrecemos, Señor, los unos en puestos de dirección, los otros en misión de propaganda, los otros en disciplina de aceptación, la elaboración de un claro y definido pensamiento contrarrevolucionario y monárquico que España necesita.

Cuando llegó a España la revolución, en España había muchas cosas: había un ejército sano; había una Guardia civil heroica; había algunos políticos honrados y

leales; había un pueblo lleno de virtudes; había un Rey lleno de excelencias; pero, sin embargo, faltaba una sola cosa que bastó por sí sola para hacer inservibles a todas las demás, y esto que faltaba era un claro y definido pensamiento contrarrevolucionario. En España, a la revolución no se oponía otra cosa sino eso que se llamaba ordinariamente el «espíritu conservador», y el espíritu conservador, entendido como viene entendiéndose, como la inercia en unas posiciones de privilegio y unas situaciones de hecho, no es más que una forma, más o menos disimulada, del instinto de conservación, y a la revolución, que es un pensamiento, no se le puede contestar con un instinto, hay que contestarla con un pensamiento contrario.

¿Por qué se había llegado en España a esta flojedad doctrinal, a esta falta de pensamiento claro en materia de Monarquía y de contrarrevolución? Hubo, Señor, durante todo el siglo XIX un error

de perspectiva, acaso nacido del predominio de los abogados en la vida pública, por el cual parece que se proyectó sobre todos los campos y manifestaciones de esta vida, la preocupación privada y leguleya del pleito con las dos partes contendientes. Así toda la política se concebía como un pleito constante, entre un Rey que se suponía, porque sí, que tendía a abusar de su Poder, y un pueblo, que se suponía, también porque sí, que recelaba del Rey. Y así, toda la economía se concebía como una lucha de clases, o sea, como un pleito eterno entre esas dos partes que son los patronos y los obreros. Y así, todos nuestros Códigos y Constituciones eran leyes recelosas y previsoras para un mundo de desalmados, en el que se suponía que había que defender constantemente los obreros contra los patronos, los pueblos contra los Reyes, y hasta los hijos contra los padres; exacta legislación de la desconfianza, que parte del supuesto gra-

tuito de que todos, hombres y clases, se hallan colocados en una previa e inevitable actitud de lucha y de colisión. Y esta creencia llegó a ser tan general y extendida que, naturalmente, los que eran beneficiarios de las posiciones superiores en ese dualismo que se suponía en constante pleito y lucha —los monárquicos o los conservadores en política; los patronos o los propietarios en economía—, al suponerse en pugna con los más débiles, llegaron a recelar de la legitimidad de sus propias posiciones y a creer, de buena fe, que estaban detentando unos puestos de privilegio injustificables ante la pura razón, y en los que harto harían con mantenerse el tiempo que, por inercia, tardaran en ser desalojados de ellos por una más justa organización de la sociedad.

Así nació ese tipo del burgués que creía que lo justo, lo progresivo, lo actual, era el marxismo, sino que todavía era prematuro; así ese tipo del monárquico que es-

taba persuadido íntimamente de que lo inevitable, lo moderno, lo progresivo, era la República, sino que España no estaba preparada para ello. Y como esto, señores, era dar por ganada la mitad de la batalla, porque la fe es el motor de todo entusiasmo y el defender una posición sin fe es ceder al enemigo la mitad de esta posición, yo os digo que cuando la revolución vino a España, la mitad de la revolución estaba ya hecha por todos aquellos que, colocados en posiciones conservadoras y contrarrevolucionarias, carecían de un entusiasmo de defensa de esas posiciones por carecer de una fe doctrinal en su razón y en su legitimidad.

Pues bien, Señor; nosotros ofrecemos a Vuestra Majestad laborar, propagar, defender un pensamiento claro que dé a las clases contrarrevolucionarias del país la íntima satisfacción de la legitimidad y justicia de sus posiciones propias; que enseñe al burgués o al monárquico que pue-

den defender la propiedad o la Monarquía no con el rubor de quien defiende una postura cómoda y conveniente para él, sino con el orgullo de quien defiende una razón pura, una verdad abstracta y una meta lograda de la civilización. (*Aplausos*).

Y en torno a este pensamiento claro, os ofrecemos, Señor —y sea ésta la última parte de nuestra ofrenda y regalo—, la unión en una viril y alegre cruzada nacional. ¿Cómo? ¿En qué condiciones y de qué manera os ofrecemos esta unión, madre de la fuerza, los monárquicos españoles? De esta manera, Señor.

Cuando llegó a España la revolución, España se encontró con un problema previo que era el de la provisionalidad de su propia existencia y de su unidad de nación, y en torno a ese problema, por encima de todo otro matiz, tuvieron que dividirse las masas y agruparse los ciudadanos. Allá en el siglo XIX los españoles podían permitirse el lujo de dividirse en partidos que

se llamaban liberales o conservadores, progresistas o moderados, porque lo que se discutía era esto, si España había de ser liberal o conservadora, progresista o moderada, es decir, los adjetivos que habían de añadirse a ese sustantivo común, por todos acatado, que era España. Pero cuando llegó un momento en que la discusión pasó del adjetivo al sustantivo y era España misma la que estaba en el telar de la discusión, convertida en un problema, negada diariamente por las fuerzas antinacionales de la revolución, el dilema que escindió todas las conciencias fué exclusivamente este de Patria y anti-Patria, de revolución y contrarrevolución, y en torno a los términos extremos de este dilema tuvieron que dividirse los hombres y agruparse las masas, no en un frívolo juego de partidos, sino en un trágico enfrentamiento de vida o de muerte, de ser o no ser. Y es esto tan fatal e inevitable, tan superior a la mera decisión de los individuos, que

los que miramos estas cosas un poco desde arriba, sin interposición de nubes partidistas, podemos asegurar a Vuestra Majestad que del lado de acá, las masas de la contrarrevolución española, lo que suele llamarse de un modo genérico *la derecha*, han sido todo este tiempo, y siguen siendo en España, como una gran cordillera donde las cumbres podrán estar, por circunstancias accidentales, más o menos separadas, pero las bases están absoluta y estrechamente unidas *(Aplausos)*.

¿Unidas en qué? Unidas, desde el primer momento, en un ansia difusa de contrarrevolución. Lo cual fué ya, desde el primer momento, tanto como estar unidas en un ansia difusa de restauración monárquica, porque no puede tener ni tiene otra cristalización la contrarrevolución española. Por eso no ha podido existir nunca en la masa contrarrevolucionaria y de derecha un verdadero motivo para que se sientan distanciados los unos de los otros;

porque habrá podido haber caminos distintos, pero todos conocen que el fin no puede ser más que uno. Por eso los monárquicos españoles hemos trabajado siempre en alegre hermandad con todos los demás sectores de la derecha y de la contrarrevolución de España, sin mengua de nuestros ideales. Nosotros sabemos que el mayor homenaje que pudo tributarse nunca a la puntería de Guillermo Tell fué aquel de colocarse delante de su arco con la manzana sobre la cabeza, sonriente y tranquilo, seguro de que su flecha no podía clavarse más que en la manzana; del mismo modo, el mayor homenaje que hemos podido tributar a la tesis monárquica los que creemos en su sustancialidad profunda, ha sido trabajar en unión de nuestros hermanos en las líneas mínimas de la contrarrevolución de España, seguros de que esas líneas no tienen más que un punto único donde cerrarse y terminarse, y ese punto, Señor, es la Monarquía.

Pero esto, que es evidente por sí, ha de irse viendo cada día más claramente, más desnudo de todo velo y eufemismo. A medida que se conquistan los puntos mínimos de una contrarrevolución y que se logra algo de tregua y de respiro para poder actuar, es ya preciso que en torno al ideal monárquico, sin atenuaciones y sin reservas, se vaya organizando la definitiva reacción española: la que responda con absoluta fidelidad a lo que significa esa palabra, organizándose en una absoluta equivalencia de fuerza y longitud con la contraria fuerza revolucionaria; la definitiva reacción monárquica, a bandera desplegada, obedecida con una unanimidad completa por todos los monárquicos de España (*Grandes aplausos interrumpen al orador*); aprendida por los niños, desde pequeños, como un santo deber de rebeldía; sostenida por las mujeres como una cruzada de sacrificio; decorada por los símbolos y los emblemas prohibidos; ilumina-

da por el recuerdo romántico de estas princesas rubias, cuyas cabezas son ahora como espigas de julio tronchadas por el viento de la desolación; entregada, en una palabra, en una plenitud de entrega generosa, sin regateos con el dolor ni componendas con el enemigo, a una aceptación total de todos los dolores de la persecución, que es, acaso, el único modo de conquistar, y, sobre todo, de merecer todos los júbilos de la victoria y todas las plenitudes del triunfo. *(Ovación)*.

Todos los países del mundo, ante la amenaza de la revolución, elaboran en estos momentos, urgente y atropelladamente, fórmulas contrarrevolucionarias. Es preciso decir muy alto, ante el mundo, que no hay ninguna fórmula contrarrevolucionaria que gane en sabiduría, ponderación y equilibrio, a la de la vieja Monarquía católica española. Lo que se necesita modernamente de robustez en la autoridad, de gerencia rápida y unificada de la nación, lo tiene

por lo que tiene de Monarquía; lo que se quiera de limitación, mucho más eficaz que las limitaciones escritas en los teóricos cuadernillos constitucionales, lo tiene por lo que tiene de católica.

No hace muchos días que me paseaba yo, en unión de un insigne hispanista francés que nos visitó, por el Monasterio de El Escorial, y viendo aquella gran piedra lírica, que es como una sublime terquedad imperial, nacida allí por una pura obsesión geométrica frente a todas las recomendaciones de la naturaleza, alguien recordaba que se había dicho de aquella gran fábrica que era como «una pirámide conmemorativa del absolutismo español». Pero el que así lo calificaba, olvidaba que toda aquella exuberancia de fuerza y de poder que El Escorial denuncia, estaba puesta al servicio de una idea que era al mismo tiempo su impulso y su limitación, y que era la Catolicidad; olvidaba que el Rey que imaginaba y creaba aquel gran

monumento sabía —y esto era lo esencial y definitivo, y lo que muchos olvidan ahora— que sus huesos habían de ir a pudrirse en un sótano, bajo el Monasterio, mientras que arriba, en el Tabernáculo, entre oro y piedras preciosas, había de seguir triunfando perennemente el Rey de Reyes y el Señor de los Señores. Y esta *relación*, este colocarse el Rey como planta y escabel de Dios, como Vuestra Majestad se colocaba esta mañana ante el Sacramento que se elevaba entre los acordes de la Marcha Real, bastó para hacer de aquel poder, teóricamente *absoluto*, el más *relativo* de todos los poderes; mucho más relativo, desde luego, que esos otros poderes actuales que, teniendo sus límites y contenciones escritas en el papel, pero careciendo de la verdadera contención interna, religiosa o moral, caen, en definitiva, en el peor de los absolutismos, que es el absolutismo de la irresponsabilidad moral, que trastocando el símbolo escuria-

lense, incendia y derriba el altar y el tabernáculo para entronizar luego, sobre el tabernáculo y el altar, el pudridero de todas las pasiones y de todas las concupiscencias. (*Aplausos*).

Sólo motivos de estímulo, de optimismo y de ánimo podemos tener a favor de esa gran cruzada. Tenemos con nosotros, ante todo, la razón: la razón abstracta, pura, intemporal, primero, que hace de la Monarquía una verdad en sí; la razón relativa y circunstancial después, que hace de la Monarquía una gran verdad española. Primero, la razón pura y abstracta. La Realeza es el único poder que, por no deberse a nadie, puede ser padre de todos y eliminar la intervención de toda perturbación parcial o partidista, cosa que no podrán lograr nunca los poderes electivos que, debiendo siempre su encumbramiento a un sector o grupo determinado, necesariamente tienen que sentirse vinculados a ese grupo o sector por las gratitudes de

ayer y por las esperanzas de mañana. Además, la Realeza es el supremo poder en que se dan las supremas paradojas: llamándose irresponsable, es el único poder que, colocado entre Dios y la Historia, posee las máximas responsabilidades; el único cuya responsabilidad, que no se ha escrito nunca con tinta en las páginas de las constituciones, se ha escrito mil veces con sangre en las páginas de la vida; el único cuya responsabilidad, por ser continua, no puede ceder a la tentación del éxito fácil y pasajero, cuyos peligros se cargan al que viene detrás o se eliminan por el cómodo subterfugio de una dimisión; porque la Realeza es el único poder que asiste a la liquidación definitiva de todos sus actos; el único que, amarrado a su pueblo como una gleba sublime y llevando sobre sí las llagas y los dolores de su Patria, con ella sufre, y goza, y vive, y muere: que por eso, porque los Reyes tienen a la Patria por esposa en matrimonio indisolu-

ble, mientras que los Presidentes la tienen por amiga en pasajero devaneo, las magistraturas electivas, con alegre vivir al día de esquiroles o temporeros del Poder, llegan, por conservar éste, a sonreir a la revolución social, a pactar con la masonería, a alijar armas contra un país vecino, mientras que, en cambio, los Reyes, a la inversa, por conservar a su pueblo llegan hasta a renunciar al Poder, como hizo aquel que se fué un día por evitar una lucha fraticida, logrando así que el 14 de abril fuera una fecha limpia de sangre, no, como se ha dicho luego, por el primer acierto de una República, sino por la última generosidad de una Monarquía. *(El público, puesto en pie, tributa al orador una gran ovación).*

Pero dije que teníamos, en segundo lugar, con nosotros, la razón relativa y circunstancial. La Monarquía, además de ser una verdad pura, es una gran verdad española por lo que tiene de inseparable de

toda nueſtra tradición, nueſtra vida y nuestra historia. ¡Cómo pueden cuatro años amotinarse y revolverse contra quince siglos, ni cómo pueden unas elecciones municipales borrar el escrutinio de ese gran sufragio universal de los siglos y de las generaciones! Vosotros todos, españoles que me escucháis, venid conmigo, y allá, en el corazón de España, frente a aquellas llanuras inmensas que son como el auſtero confesonario de las hondas revelaciones españolas, convoquemos a unas elecciones generales, donde venga a deponer todo lo que ha ido formando a través del tiempo el espíritu y la vida de España. Convoquemos a aquellos mesnaderos que en los albores de la Reconquiſta, como las cuerdas de una lira gigantesca, bajaban por todas las latitudes de España, y ellos nos dirán que era el vértice de oro de la corona el único que mantenía una difusa idea de unidad sobre aquella España fragmentada y rota; convoquemos a aquellos soldados que

bajaban, más tarde, por los escalones de Gredos o por entre las adelfas de la Cordillera Mariánica hasta congregarse en las Navas primero y en Granada después, y ellos nos dirán que fueron los Reyes Católicos los que, reuniendo a sus pies como un manojo de flores todas las regiones de España, engendraron aquel instante supremo del que dijo el tribuno que los rayos del sol, para alumbrar cualquier parte del planeta, tenían que pasar primero por el aro de oro de la Corona española; y convoquemos a aquellos héroes semimitológicos que conquistaron un mundo más allá de los mares, y ellos nos dirán que era el nombre del Rey el que daba sentido a las nuevas provincias que nacían de su esfuerzo, y el que empujaba a aquellos puñados de hombres a cuyo frente Hernán Cortés se internaba en Méjico, y Pizarro en el Perú y Valdivia en Chile, y llevaba Francisco de Montijo su caballo hasta las playas del Yuca-

tán e iba Núñez de Balboa a turbar el sueño milenario de los cóndores allá sobre la cumbre de los Andes; y convoquemos a los clásicos, que son también voz y fragmento de la soberanía nacional, y ellos harán desfilar ante nuestros ojos, por el tabladillo de la escena popular, las sombras augustas del Alfonso II de *Los Prados de León*, y del Enrique III del *Peribáñez* y de *Los Novios de Hornachuelos*, y del Felipe II de *El Alcalde de Zalamea*, y del Alfonso XI del *García del Castañar;* y convoquemos a las leyendas populares que nos entregarán los nombres gloriosos de Fernando el Santo y de Jaime el Conquistador, de María de Molina y de Isabel la Católica, transfigurados sobre el luminoso tabor, como decía Costa, de la fantasía popular; y convoquemos, en fin, a los juristas y a los doctores, y ellos nos cantarán el himno de la Monarquía por boca de Márquez y de Salmerón, y de Quevedo, y de Saavedra Fajardo; convoquemos, en una

palabra, a la historia y a la geografía, a las piedras y a los libros, a la tierra, al aire y al sol, y ellos nos dirán al unísono que España y la Monarquía son una misma cosa; que en España renunciar a la Monarquía es renunciar a todo un archivo de nombres magníficos y de efemérides gloriosas, y cambiar la Corona por el sombrero de copa es reducirse y empequeñecerse, porque, sea cualquiera la extensión geográfica y material que las vicisitudes históricas impongan a sus dominios, por todo el cúmulo de recuerdos que en ella se enredan, por toda la enorme verdad espiritual que bajo ella se cobija, la Corona de España tiene y tendrá siempre peso y prestigio de Corona imperial. *(Enorme ovación).*

Pero tenemos algo más que la razón abstracta y relativa; tenemos también con nosotros todos los símbolos y los emblemas gloriosos. Nuestros enemigos han sido tan torpes que han desfigurado nuestra bandera añadiéndole una franja de luto y

de penitencia que ha dejado en el pueblo español esa nostalgia que expresa el fandanguillo popular: «*Yo tenía una bandera—color de sangre y de sol;—me mandan que no la quiera,—yo ya no soy español,—soy de una tierra cualquiera*». Y han jubilado aquel himno que tenía compases majestuosos de cola de armiño, para sustituírlo por otro que recuerda una sublevación militar que marcó el principio de la disolución del Imperio español. Pero al hacer esto han sido tan torpes, que nos han dejado a nosotros la exclusiva de todas las palabras magníficas y de todos los símbolos gloriosos de nuestra Patria y de nuestra tradición.

En esta hora, pues, en que se avecina la grande y definitiva cruzada, españoles: por todos esos símbolos gloriosos; por la España grande, inmortal, que ellos representan; por lo que nosotros, también, en nuestra modestia, hemos añadido a esos símbolos; por nuestros pensadores, por nuestros par-

lamentarios, por nuestros propagandistas; por nuestros héroes y nuestros mártires; por aquellas vidas tronchadas en flor una mañana de agosto al pie de las acacias de la Castellana; por esos caballeros que en estos momentos dan guardia a Vuestra Majestad y que un día cruzaron los mares del destierro en un barco de ignominia, del que yo dije que iba paseando por los mares el rencor de la República y la vergüenza de España, mientras su estela iba borrando las palabras Justicia, Derecho y Civilización; por la sangre limpia y heroica de Justo San Miguel; por los ojos sin luz de Mercedes Larios; por todos los que han sufrido y luchado por la verdad y el honor: nosotros, un puñado de buenos españoles, aquí, ante el ara sacra y materna de Roma, empeñamos nuestra palabra de leales y de caballeros, de luchar incansablemente hasta devolver a España su himno, su bandera y su Rey. *(Clamorosa ovación que dura largo rato).*

Discurso de S. M. el Rey

Los aplausos al discurso de D. José María Pemán, duraban aún al ponerse en pie S. M. el Rey, al que saludan una ovación cerrada y vítores clamorosos.

En este día solemne de mi vida no acierto a distinguir cuál sentimiento puede más en mi ánimo: si el de la gratitud o el de la admiración, porque la ejemplaridad de este homenaje supera todavía a su nobleza.

El número y la calidad de los presentes bastaría, casi, a compensar muchas amarguras; pero aún son más las zozobras que disipan en quienes anteponemos a cualquier otro anhelo el de la salvación de España.

Vosotros los monárquicos, cuantos os llamáis así, sin atenuaciones, salvedades ni distingos *(Una calurosa ovación interrumpe, durante unos minutos, las palabras de S. M.)*, sois como aquella sal de que habla la Escritura, que, al disolverse, traería la corrupción y la muerte.

Tarde o temprano, los ofuscados, los timoratos, los acomodaticios deberán seguir vuestro ejemplo, persuadiéndose de que en España siguen siendo consustanciales la Monarquía y la Patria. *(Entusiasta ovación. El público, puesto en pie, aclama a S. M. durante largo rato).*

Como Jefe de Familia agradezco el calor de efusión que habéis creado al lado del Príncipe; os agradezco como Rey esta nueva comprobación que aportáis de la tradicional hidalguía de la raza; pero aún admiro más como ciudadano las virtudes cívicas de que estáis dando ejemplo en la Cámara, en la Prensa y en la calle, porque aguardo de ellas lo que para vosotros, como para mí, es el máximo bien para la seguridad de nuestra amada Patria.

(Una inacabable ovación acoge las últimas palabras de S. M., y dura aún al retirarse del salón las Personas Reales, a los acordes de los himnos español e italiano.)